

José de la Cruz Pacheco Rojas

El norte de México. Una historia en construcción

Hasta hace pocos años, el interés por el estudio y la valoración de la cultura de la vasta porción del norte mexicano habían estado relegados a un segundo término, en relación con la preeminencia de la atención brindada desde finales del siglo XIX al centro y sur de nuestro país, como si se tratara de dos naciones o, en el mejor de los casos, de dos porciones de una nación cuyo desenvolvimiento histórico se ha forjado a partir de diversos procesos que han marcado sus diferencias.

Desde esa perspectiva, es justo reconocer que al calor de la comprensión del sentido de nación hemos podido desarrollar —a partir de las investigaciones históricas y de las culturas mexicanas y por ende del reconocimiento a su diversidad y pluralidad— una nueva concepción de los procesos históricos, culturales y sociales que han marcado las diferencias de percepción sobre el tipo de país que se ha ido conformando a partir de diversas matrices históricas.

El planteamiento anterior invalida de alguna forma el pensamiento tradicional de valoración de las expresiones culturales regionales de nuestro país, en muchos casos fuertemente cargado de expresiones chovinistas que rayan en la simplificación de los hechos históricos, al grado de asumir posiciones maniqueas que niegan o sobrealoran la contribución de ciertas regiones en la configuración de nuestra nación, sin reconocer la diversidad que nos caracteriza. Si bien en el fondo impera una noción de un doble bloque espacial que ha contribuido históricamente en la conformación de nuestro país, el punto central de la cuestión no es en qué medida lo han hecho, sino cuáles han sido sus aportes en los diversos procesos.

De ahí que debemos reconocer la contribución histórica de las distintas regiones en la forja de nuestra nacionalidad en función de tiempos y circunstancias históricas particulares, especialmente tratándose de un territorio tan vasto como diverso, tan rico en tradiciones, etnias y culturas. De este modo resulta congruente pensar efectivamente en dos grandes componentes que dan cuerpo, estructura, a nuestro país, el sur y el norte, cuyos aportes están marcados por el tiempo. Así, todo pareciera indicar que el sur es decisivo en la conformación del México virreinal, en tanto que el norte pareciera irrumpir tardíamente en el escenario histórico, a finales del siglo XIX y ante todo durante el siglo XX a partir de la Revolución mexicana. Pero esto sólo es una percepción engañosa, en realidad se trata de dos grandes bloques históricos que deben de concebirse como dos grandes componentes de la nación mexicana.

Ello significa reconocer en su justa dimensión las contribuciones de estos dos grandes componentes históricos; aquí nos interesa sobre todo destacar las aportaciones del norte de México puesto que el sur ha sido vastamente equilatado en ese sentido. El norte, en cambio, considerado por la historiografía tradicional como un área marginal más que decisiva en los procesos de conformación nacional, ha sido relegado a un segundo plano. De ahí que resulte conveniente destacar las características relevantes de los procesos históricos que caracterizan a la porción septentrional en su contexto más amplio, espacial y temporal.

De ese modo, es importante destacar, en primer lugar, que la conformación histórica del norte de México



Indígena de perfil, Santa Fe, California, ca. 1890-1900 (Fondo Culhuacán, Fototeca INAH, inv. 466 882)

se estructura a partir de tres procesos fundamentales, a saber: las misiones, los reales mineros y los presidios. Tres instituciones que constituyeron la parte articular, estructurante, de la sociedad nortea que le dio carácter desde la época virreinal. En torno de estos procesos gira, en primer lugar, la conformación histórica del norte; en segundo término, la integración del territorio de la Nueva España, y sobre todo, la definición de los límites y la frontera septentrional de nuestro país como resultado de los procesos históricos anteriores.

A partir de los ejes articuladores que rigen los procesos de conformación del norte, que le dan unidad como un todo vasto y diverso, es posible entender cómo el septentrión se erige no como un área marginal, lejana, que subsidia en el mejor de los casos el desarrollo económico de Nueva España, sobre todo con la minería durante buena parte del periodo colonial, sino y ante todo como una porción fundamental que hizo posible sostener la estructura virreinal. Como se sabe, una vez agotadas las riquezas previamente acumuladas por las antiguas civilizaciones del México central, que fueron la

fueron la fuente principal del saqueo puesto en marcha por los primeros conquistadores españoles, luego de esquilmar hasta aniquilar a la población indígena a través del trabajo forzado y las encomiendas, los españoles se vieron obligados a buscar nuevas fuentes de riqueza, de preferencia para saquear. En su búsqueda se internaron en tierras desconocidas pero llenas de fantasías y de legendarias ciudades rebosantes de tesoros, anticipando así el posterior descubrimiento de ricos yacimientos mineros que habrían de cambiar el sentido original de la conquista. La minería se convirtió a partir de ese momento en el componente estructural más importante de la Nueva España, transformando incluso los sistemas de producción y la estructura social.

El norte estaba poblado por un universo de naciones que se encontraban dispersas a lo largo y ancho de su indeterminado territorio. Para conquistarlos y poder someterlos luego a trabajar en las minas o haciendas productoras de alimentos y de artículos para el abasto de los centros mineros, hubo que recurrir al sistema de misiones como el recurso más eficaz para el control, sometimiento y transformación de las etnias nativas a la vida religiosa, social y costumbres de los españoles. Si bien las misiones fueron ante todo centros donde se operó el cambio cultural más profundo de los indígenas, dirigido desde luego por los misioneros, estos espacios se convirtieron en bastiones de avanzada de poblamiento de las nuevas posesiones españolas, al tiempo que sirvieron en muchos de los casos como centros de abasto de mano de obra de los reales de minas más cercanos. Más allá de estas funciones instrumentales, el sistema de misiones contribuyó sustancialmente en la transformación cultural e integración de los indígenas de la región al régimen colonial español.

Los presidios, esas unidades militares y de poblamiento que también fungieron como centros de avanzada del régimen virreinal en el septentrión, se erigieron para proteger a los reales mineros y las misiones de los constantes ataques de los indígenas que permanecieron en rebeldía durante todo el periodo colonial. En su desarrollo fueron resguardando a los reales mineros y a las misiones de acuerdo con sus funciones originales, pero en la medida en que se consolidaron las posesiones españolas en el norte, se fue definiendo un cordón militar fronterizo que se reforzaría a finales del siglo XVIII ante la amenaza creciente de la expansión anglosajona, las exploraciones y el comercio rusos. Ello derivó en gran medida en la delimitación de la ulterior frontera con Estados Unidos de América, al ser el extremo septentrional mejor resguardado, en tanto que las regiones allende

del río Bravo y Colorado, más endebles en la ocupación real del territorio, menos integradas a la estructura de dominación virreinal, quedaron expuestas a los deseos expansionistas de los mensajeros de la doctrina del *destino manifiesto*.

Así pues, los reales de minas, el sistema de misiones y los presidios constituyeron un todo que caracterizó el proceso histórico de conformación del septentrión novohispano durante la mayor parte de la época colonial, lo que hace posible definirla como una unidad cultural y social con características e identidad propias, diferente al sur de nuestro país. Permiten concebirla como una extensa región cultural que contribuyó, como se ha bosquejado, en la integración del territorio norteño a la Nueva España, primero, y a la definición de la frontera con los Estados Unidos, más tarde. Asimismo, el papel que ha desempeñado el norte a partir de la guerra de 1847 con los expansionistas norteamericanos, como bastión en la defensa de la nación mexicana, parece reconocérsele poco, al tiempo que a partir de ese momento la región norteña se convirtió en un componente decisivo en las relaciones con Estados Unidos y el resto del mundo, pasando de un área marginal al escenario primordial de las relaciones de México con el exterior en los planos económico, social, cultural y político.

La irrupción del norte en los procesos de construcción de nuestra nación, como se puede apreciar, datan desde la época misma en que inició la forja de los componentes históricos de nuestro país, pero ante todo, como unidad cultural reconocida entró en los escenarios nacionales en el siglo XIX como protagonista de las grandes contiendas en defensa de la nación, especialmente durante la guerra de Estados Unidos con México, la intervención francesa y el Segundo Imperio, para luego transformarse en un área de penetración de capitales extranjeros e ideologías, principalmente de origen norteamericano, que lo situaron desde entonces en el escenario internacional, sobre todo en el orden económico. El siglo XX, podemos afirmar con toda certeza, es el siglo en que el norte consolidó su presencia en los procesos históricos nacionales e ingresó como actor principal en la definición de los nuevos componentes: la modernidad y el sistema democrático, así como la apertura de nuestro país al mundo a partir de una sociedad más dinámica.

De ahí la necesidad de una redefinición del norte de México a partir de los procesos históricos que hicieron posible su estructuración, vinculados desde luego a la conformación y desenvolvimiento histórico de nuestra nación. Al mismo tiempo es importante tener presente



Niña indígena, Santa Fe, California, ca. 1890-1900 (Fondo Culhuacán, Fototeca INAH, inv. 466 895)

el carácter diverso, pluricultural, que ha dado pie a la formación de regiones que se reconocen como grandes bloques culturales a partir de rasgos histórico sociales que permiten definir los elementos de su identidad. Por ello no resulta gratuito hoy en día hablar de tres regiones norteñas principales: el norte, el noroeste y el noreste.

Bajo este planteamiento conceptual, si se quiere teórico, se han emprendido diversos programas de investigación sobre el patrimonio histórico y cultural del norte de México impulsados por el Instituto Nacional de Antropología e Historia a través de sus representaciones en los estados norteños, con el fin de valorar el vasto patrimonio que posee dicha región. Así es como han venido fraguándose los proyectos de investigación del Camino Real de Tierra Adentro y de la Ruta de las Misiones del Noroeste. También el proyecto Las Regiones Indígenas de México en el nuevo milenio se inscribe en una concepción amplia de región cultural más que en la noción

étnica tradicional, y ha empezado a contribuir de manera muy importante al conocimiento de la cultura indígena del norte. Aquí nos dedicaremos a hacer un breve recuento de las implicaciones que han tenido los dos primeros proyectos, que son lo que conozco mejor, en el conocimiento y la valoración de la cultura y la historia norteña.

El Camino Real de Tierra Adentro

Haciendo eco a las inquietudes expresadas por un grupo de especialistas en antropología e historia de la región, la Dirección General del INAH decidió apoyar la iniciativa de emprender un programa de investigaciones vinculado al Camino Real de Tierra Adentro. Así, en 1995 el National Park Service, la Universidad Autónoma de Ciudad Juárez, el Bureau of Land Management y el INAH convocaron a académicos del norte de México y sur de Estados Unidos al I Coloquio Internacional El Camino Real de Tierra Adentro, que se efectuó en una de las poblaciones tradicionales de la ruta histórica, en Valle de Allende, Chihuahua. Entre los resultados más sobresalientes de este primer encuentro binacional, destaca el acuerdo de emprender diversos proyectos de investigación entre las instituciones participantes en materia de arqueología, antropología, historia y conservación del patrimonio cultural del norte de México y sur de los Estados Unidos, así como impulsar el reconocimiento de la ruta histórica en ambos países, preámbulo del reconocimiento de sendero histórico mundial. A la fecha, el coloquio va en su séptima edición y se ha convertido en una tradición académica y de encuentro cultural en la que se ha ido incorporando la sociedad en reconocimiento paulatino de las diversas expresiones de su identidad. Asimismo, durante el tiempo transcurrido del hoy denominado Programa Regional El Camino Real de Tierra Adentro, las aportaciones al conocimiento de la cultura y la historia de esa parte del norte son definitivamente muy importantes, aunque todavía difíciles de sistematizar y dimensionar.

El Camino Real de Tierra Adentro es sendero histórico que comunicaba a la Ciudad de México, capital del Virreinato de Nueva España, con la ciudad de Santa Fe, provincia de Nuevo México, en un recorrido de más de dos mil kilómetros. En su curso pasaba por las ciudades de Querétaro, Guanajuato, Aguascalientes, San Luis Potosí, Zacatecas, Durango, Chihuahua, El Paso del Norte, Albuquerque y Santa Fe, así como muchas otras poblaciones importantes que desempeñaron un papel relevante en la conformación histórica de la región nor-

te. En el proceso de construcción histórica, el Camino Real se desarrolló estrechamente asociado a la dinámica y las instituciones de expansión española en el septentrión. Como se ha dicho, los reales mineros, las misiones y los presidios constituyeron la triada de instituciones que forjaron el norte. El Camino Real se convirtió desde las primeras exploraciones de reconocimiento y conquista españolas en el conducto natural por el que fluyeron soldados, misioneros, mercancías, animales, tecnología, libros, imágenes religiosas, obras de arte, oro, plata, nuevas etnias, en fin todos aquellos elementos humanos y materiales que participaron en la formación del norte.

La traza de la ruta estuvo condicionada en gran medida al descubrimiento de los yacimientos mineros, a la fundación de reales de minas, el establecimiento de estancias agrícolas y ganaderas, la creación de villas, centros administrativos y políticos, erección de misiones y presidios. En algunos casos, es cierto, fueron reutilizados tramos de la antigua Ruta de la Turquesa, que habían trazado los indígenas del vasto noroeste para intercambiar diversos productos provenientes del área mesoamericana. Pero, sobre todo, el Camino Real de Tierra Adentro se proyectó como una construcción histórica que abrió la puerta a los procesos que estructuraron el septentrión, concebido como la fase decisiva en la definición cultural del norte. Bajo esta perspectiva, el desenvolvimiento de los procesos que intervinieron en su conformación sentaron las bases para la erección de una nueva sociedad y una nueva cultura, en las cuales el Camino Real fungió como elemento central, estructurante, por ser la vía de comunicación más importante en el norte, debido a su relevancia económica para el virreinato. La geografía, la ocupación del espacio por las etnias nativas, como de las fundaciones españolas, contribuyeron a reforzar el papel centralizador de la ruta histórica.

La construcción de la ruta ocurrió paralela o en muchos de los casos simultánea a las empresas de conquista española. Por ello, aunque así pareciera, su traza original no fue lineal, sino más bien eslabonada y definitiva, aparentemente regular, que surcó las grandes planicies del Altiplano Central, del Bajío y de la Mesa del Norte, resultado de la conjunción de los procesos históricos que intervinieron en la configuración del extenso norte. La construcción de la ruta física misma estuvo condicionada por las etapas del avance de los conquistadores, y no por la elección de la mejor topografía para la traza. En realidad, para poder penetrar en los ignotos territorios de Tierra Adentro, como así llamaban a las tierras norteñas, los españoles tuvieron que dar la vuelta hasta el Occidente para poder romper el cerco inexpugnable que



Gerónimo, jefe de los apaches chiricahuas, acompañado, Tombstone, Arizona, ca. 1886 (Fondo Culhuacán, Fototeca INAH, inv. 422 782)

oponían las bandas de guerreros chichimecas, quienes les impedían penetrar en busca de riqueza. También en el intento por llegar a las legendarias ciudades de la Gran Quivira y Cíbola y la región de las Amazonas, rodearon por la planicie costera de la mar del sur y el Golfo de Cortés, pudiendo, de haberlo permitido los pobladores de la Gran Chichimeca, haber hecho el viaje de exploración por tierra adentro, acortando enormemente la distancia. Gracias a ello fueron conocidos los amplios territorios del noroeste, provocando al mismo tiempo el interés por explorar el Golfo de California, abriendo así la posibilidad para futuras incursiones de conquista.

El interés por conocer y conquistar al norte, que comenzó con una quimera, condujo a los españoles a buscar romper el cerco indígena de la confederación chichimeca en 1542, al enfrentar a los indígenas cazcanes y sus aliados en la Guerra del Mixtón. Con el triunfo español en esta batalla, decisiva en la historia ulterior del norte, dio inicio el desencadenamiento de los procesos conformadores de esta región. El primero de ellos fue el descubrimiento de las minas de Zacatecas en 1546,

y con ello la fundación del Real de Minas de Zacatecas. Dicha fundación marcó un hito en el avance español hacia el norte, por la importancia económica que significó para la elite de la Nueva Galicia, como para las autoridades del virreinato interesadas en ampliar las posesiones reales, pero también desde el punto de vista poblacional, defensivo, pero ante todo como centro dinámico en la expansión española hacia tierra adentro.

En primer lugar, el descubrimiento de Zacatecas acortó el acceso a la Ciudad de México utilizando una ruta más corta, asegurada por el nuevo poblamiento que en unos cuantos años resultó de mayor tamaño e importancia que Guadalajara, capital de la provincia de Nueva Galicia. Con el nuevo tramo quedó establecido lo que se ha dado en llamar el Camino de la Plata, que unía a los reales mineros de Zacatecas, Pinos, Ojuelos, San Luis Potosí, Guanajuato y el centro político administrativo de Querétaro con la capital del virreinato. Este entramado de ricas poblaciones, además de la alta producción de granos en la región de El Bajío, adquirió un peso enorme en la dinámica económica y social de la Nueva España, que

la transformó en una zona fuertemente ligada a los intereses primordiales de la corona española como productora del mayor volumen de plata en la provincia. Este hecho la separó en gran medida del desarrollo posterior del resto del norte, quedando más orgánicamente integrada a los intereses económicos y a la dinámica socio-cultural impuesta por las autoridades del virreinato.

El Real de Minas de Zacatecas se convirtió también en un eslabón decisivo en la dinámica expansionista de los conquistadores españoles. De este punto se emprendieron las grandes campañas de exploración y conquista que permitieron conocer e integrar las porciones del norte y noroeste a la Nueva España. El descubrimiento de nuevos reales mineros, el establecimiento de centros productivos y de población, algunos de administración y de control político, consiguieron una rápida integración del espacio recién ocupado. En 1554 partió Francisco de Ibarra de ese mismo lugar a explorar, fundar pueblos y explotar las minas que él descubriera en el territorio situado al norte de los minerales de San Martín y Avino; de esta campaña resultó el reconocimiento de la geografía de los actuales estados de Durango, Chihuahua, Sinaloa y Sonora, así como la emergencia de una nueva entidad política que daría estructura y coherencia a la integración del espacio septentrional a la Nueva España, la formación de la provincia de Nueva Vizcaya. A ella quedaron integrados los territorios de la mesa del norte y el noroeste.

La creación de la Nueva Vizcaya derivó en la integración de las otras dos grandes instituciones forjadoras del septentrion: las misiones y los presidios. Si bien es cierto que ya existían desde varios años antes, adquirieron sin embargo una importancia mayor como elementos de la estructura de una sociedad en conformación, que no podía recurrir a las instituciones que habían sido creadas en el sur del virreinato, porque la realidad sobre todo etnográfica y cultural era radicalmente distinta. Al mismo tiempo marcó las bases para el surgimiento de una sociedad con características propias, por tanto diferentes al resto de Nueva España, que permitieron concebirla como una región cultural configurada en torno del Camino Real, en tanto expresión tangible, articuladora de los procesos históricos que le dieron estructura.

A partir del reconocimiento de los procesos históricos anteriores, que condujeron necesariamente a la definición de una región cultural con marcadas expresiones de identidad, se planteó desarrollar el proyecto del Camino Real de Tierra Adentro. Más allá de las nociones de la historiografía tradicional y de la valoración de la cultura que se hace a nivel de cada una de las entidades federati-

vas, que suelen rayar todavía en un chovinismo ajeno a la recuperación de la conciencia y el sentimiento nacionales. Más bien, apoyados en las obras de nuestros colegas antropólogos e historiadores contemporáneos que percibimos la historia y la cultura en función de sus expresiones de largo alcance espacial y temporal, no confinados a los límites jurídico políticos de los estados.

Bajo ese enfoque se trata de estudiar el norte, en este caso particular la porción de tierra adentro, atendiendo los grandes procesos históricos que la conformaron. Para ello se ha tomado como punto de partida la definición de la región cultural que en nuestra opinión comparte rasgos culturales comunes como resultado del devenir histórico resultante de poco más de tres siglos de vigencia del Camino Real. De este modo, de acuerdo con especialistas en arqueología, antropología, historia y conservación de la cultura material del norte de México y sur de los Estados Unidos, se convino en la definición de la región cultural binacional que comprende los estados de Zacatecas, Durango y Chihuahua, parte de Texas y Nuevo México, donde se encuentran manifestaciones culturales comunes desde la época prehispánica como parte del corredor de la Ruta de la Turquesa, de la cultura anazasi y de filiaciones etnográficas. En la parte histórica colonial y reciente resulta más fácil dar cuenta de los rasgos comunes de esta región, que preserva un vasto patrimonio tangible e intangible que son los que le siguen dando vitalidad hoy día, a pesar de la frontera internacional y de los prejuicios racistas anglosajones.

El proyecto del Camino Real de Tierra Adentro tiene por objetivo investigar el patrimonio histórico y cultural material e intangible y propiciar, donde ello sea posible, la puesta en valor a fin de fortalecer los lazos de identidad regional. Estas tareas son posibles diseñarse como propósitos de investigación y de conservación gracias a las funciones sustantivas que definen al INAH, que permite a los estudiosos desarrollar proyectos donde pueden ver sus resultados aplicados en beneficio de la sociedad. A la fecha podemos mencionar algunos de los resultados en el ámbito de la investigación arqueológica, histórica y de conservación del patrimonio cultural, a partir de 1995, a saber: el estudio interdisciplinario de los sitios arqueológicos de Alta Vista, en Zacatecas, La Ferrería, en Durango, El Carrizal, Paquimé y Galeana, en Chihuahua y Mesa Verde, en Nuevo México; la elaboración del catálogo de monumentos históricos del Camino Real, la realización de estudios históricos específicos sobre el proceso de poblamiento, la cultura material en los reales mineros, entre otros, así como el catálogo de los archivos y bibliotecas de la ruta; en conservación destaca la

HISTORIA



Ciudad de Durango, vista parcial, ca. 1910-1920 (Fondo Culhuacán, Fototeca INAH, inv. 355 201)

puesta en valor del sitio arqueológico de La Ferrería, la inauguración de los museos de las zonas arqueológicas de La Quemada y Paquimé, la realización del Seminario Internacional de Arquitectura de Tierra que se convoca cada año y diversos proyectos de rescate y restauración; en las actividades de difusión destaca el Coloquio Internacional del Camino Real de Tierra Adentro que se ha convertido en una tradición académica regional.

La Ruta de las Misiones del Noroeste de México

La ruta de las misiones es ante todo una noción conceptual, una construcción teórica que busca dar coherencia a una realidad histórica que puede ser captada como una unidad, al mismo tiempo evoca un sendero, una cadena cuyas piezas están articuladas. Ante todo se parte del reconocimiento de una realidad histórica que imperó en el

noroeste por poco más de dos siglos. En efecto, las misiones fueron las instituciones españolas de conquista más importantes en esa vastísima porción del norte de México, en ellas recayó no sólo la evangelización de los indígenas de la región, sino sobre todo la ocupación real, efectiva, del territorio reclamado como parte de las posesiones del imperio español. En ausencia de autoridades civiles y eclesiásticas, los misioneros ejercieron funciones y facultades que los convirtieron en amos y señores de la región, erigiendo por más de un siglo una forma social cuyos componentes estructurales eran regidos desde el orden espiritual. Las misiones constituyeron también las instituciones de avanzada más eficaces del imperio español, hicieron las veces de instituciones de frontera con las naciones no sometidas a la dominación espiritual o militar. También las misiones se convirtieron en los únicos centros para la introducción de técnicas y conoci-

HISTORIA

mientos agrícolas, artesanales, arquitectónicos, aprovechamiento de animales para carga, tiro y alimentación que transformaron radicalmente la vida y costumbres de los nativos. En suma, las misiones fueron ante todo centros de cambio cultural dirigido.

La historia colonial temprana del noroeste está llena de expediciones que en el ámbito de la burocracia del naciente régimen virreinal despertaron grandes expectativas por la localización de riquezas abundantes y fáciles de apropiarse. Si bien el avance logrado por Nuño de Guzmán hasta Culiacán, fundada por él en 1531, pareció a los ojos de muchos conquistadores que había abierto los cauces de nuevas y promisorias aventuras para hacerse de grandes fortunas. Provocó, eso sí, expediciones que redundarían sobre todo en el conocimiento geográfico del Golfo de California y del Océano Pacífico, primero, y más tarde del litoral, la llanura costera y los territorios de los actuales estados de Sonora y Arizona. Nuño de Guzmán no pudo consolidar la fundación española de Culiacán por la falta de hombres y porque no resultaba de ningún interés material para sus huestes, más allá de representar una avanzada en las posesiones y poblamientos propiciados por él para ganar terreno ante sus enemigos de la real audiencia, por lo cual el endeble surgimiento de esta nueva población pronto se vería opacado por el abandono de sus habitantes. No obstante, Culiacán se convirtió en el centro dinámico de mayor importancia en todo el noroeste a partir del cual se emprendieron expediciones para la búsqueda de regiones lejanas cargadas de fantasías, que dominaron la mentalidad de muchos españoles ambiciosos hasta mediados del siglo XVI. En realidad correspondió a Francisco de Ibarra repoblar y sentar las bases para la consolidación de la Villa de San Miguel de Culiacán a partir de 1563; por cierto es justo reconocer que le puso mayor atención que a Durango, sede de la naciente provincia de Nueva Vizcaya, quien más bien se dedicó a buscar minas, fundar pueblos y reforzar los establecidos por Nuño de Guzmán, como Chiametla.

Durante ese lapso, Culiacán se convirtió en el punto de partida de las más grandes empresas descubridoras del extremo noroeste. En 1533, la llegada del naufrago de las grandes planicies, Núñez Cabeza de Vaca, a esa villa, provocó una avalancha de expedicionarios y aventureros, algunos de ellos auspiciados por el propio virrey Francisco de Mendoza, que prolongaron la permanencia del nuevo establecimiento por más tiempo, colocando a Culiacán en un punto estratégico para la expansión española en la región recién descubierta. A partir de ese momento se realizaron las expediciones de descubrimien-

to más ambiciosas llevadas a cabo en el norte de la naciente Nueva España, que dejaron configurada la geografía del septentrión. Las odiseas realizadas por fray Marcos de Niza y Francisco Vázquez de Coronado en pos del descubrimiento de Cíbola y la Gran Quivira significaron una enorme contribución. Después de estos hechos los españoles se retrajeron al centro del virreinato y a la parte nuclear de la provincia de Nueva Galicia, en tanto que el desarrollo de la región del altiplano de Nueva Vizcaya tendió a consolidarse; el noroeste siguió su curso histórico por separado, en buena medida a causa del poco interés que mostraron los conquistadores y las autoridades virreinales.

Posteriormente, con la llegada de los jesuitas a la ya denominada provincia de Sinaloa, en 1591, dio inicio la fase histórica que forjó el noroeste como unidad cultural regional. El arribo a la villa de San Felipe y Santiago de los padres Gonzalo de Tapia y Martín Pérez ese año, marcó una nueva era en la historia de la expansión española fundada más en la fuerza espiritual que en la de las armas, más producto del influjo de las ideas humanistas y de los prejuicios de la época en apoyo a los proyectos imperiales. La provincia de Sinaloa se transformó en el centro de operaciones, en el centro pionero del arranque de las misiones en el noroeste. De ahí salieron a misionar en los territorios más cercanos, entre las etnias cahitas y tahues, para luego internarse en la sierra logrando un cierto éxito en las labores de evangelización y reducción de los indígenas a la vida sedentaria. De los primeros trabajos destaca la misión de Sinaloa y la serie de visitas que realizaron a las rancherías de la comarca, así como la fundación de las misiones de Santa Cruz de Topia y San Andrés, erigidas desde Culiacán en territorio duranguense, para la evangelización de los acaxees y xiximes.

La etapa fundacional de las misiones de Sinaloa terminó dramáticamente con la muerte del padre Gonzalo de Tapia, en 1594, producto del rechazo indígena a la nueva religión y al tipo de sociedad y costumbres que trataban de imponerles los misioneros jesuitas. Con esa labor inicial se dieron sin embargo los primeros pasos en la formulación de un nuevo sistema religioso social que constituiría la institución más importante del noroeste. En 1592 habían llegado otros dos misioneros, Álvaro de Santiago y Juan Bautista de Velasco, a quienes se les unió Hernando de Santarén. A partir de ese momento la actividad de los evangelizadores se desplaza con mayor fuerza hacia la sierra y realizan visitas a las comunidades indígenas de los ríos Sinaloa, Ocoroni y Mocorito, logrando importantes logros en el número de bautizados. En este



Misión de San Ignacio, Baja California, 1944 (Fondo Culhuacán, Fototeca INAH, inv. 427 951)

periodo es importante destacar el papel desempeñado por las fuerzas militares en apoyo a los padres en la reducción de los indígenas a las misiones.

La fundación del presidio de Sinaloa en 1595 obedeció en gran medida a las necesidades de refuerzo que requerían los padres jesuitas para la realización de su proyecto social: someter a los nativos a las formas de vida cristiana y en “policía”. El capitán Alonso Díaz, primer jefe del presidio, dedicó parte importante de sus primeros oficios a apoyar a los teatinos en la ejecución del proyecto misional; pero sobre todo el capitán Diego Martínez de Hurdaide, también alcalde mayor de la provincia —consciente seguramente de la importancia que tenían las misiones como soporte para mantener la región en poder de la corona—, representó un auxilio de la mayor relevancia en la labor reductora durante los años de 1599 a 1626, justamente el periodo en el que se fundaron las misiones de Sinaloa. La experiencia de la muerte del padre Gonzalo de Tapia mostró la disposición indígena para someterse a los patrones de vida religiosa y material que trataban de imponerles quienes lle-

garon erigiéndose en sus nuevos guías espirituales, echándoles abajo sus formas religiosas e invalidándoles sus costumbres. Aprendida la lección, todas las incursiones posteriores se realizarían con las bayonetas por delante o al lado de los soldados de Cristo. La espada y la cruz se unieron para lograr la conquista espiritual y social más grande en el norte del continente americano.

La contribución sustantiva misional radicó en el hecho de ser la matriz, el eje fundamental, de una nueva sociedad concebida al calor de la experiencia evangelizadora en América, ante la resistencia opositora de los nativos a la empresa de conquista española, sobre todo de los grupos indígenas, que por el carácter de su cultura no eran fácilmente sujetos de dominación porque no habitaban en pueblos, no reconocían formas de gobierno ni estructuras políticas institucionalizadas o simplemente porque su dominación no era posible por la vía de las armas. Esta aventura, considerada únicamente en el aspecto religioso, llamada clásicamente “conquista espiritual”, tuvo que ver con la transformación, es cierto, de la vida espiritual de los nativos, pero ante todo

con su vida material. Para ello los misioneros jesuitas idearon un modelo social fundado principalmente en el orden social derivado de la teología clásica, de la legislación española colonial y en la mentalidad jesuítica ignaciana y el aprendizaje de la realidad etnográfica cultural del norte de Nueva España.

La emergencia de ese nuevo modelo social resultó diferente a las reducciones indígenas del centro de México, más dispuestas para el fácil aprovechamiento de la mano de obra masiva de los nativos, de las congregaciones y las encomiendas; el sistema misional fue concebido efectivamente como un modelo de cambio cultural y social relativamente autónomo de las autoridades civiles y eclesiásticas, financiado en gran medida por la corona española y la jerarquía romana, con el propósito de lograr la integración de los indígenas al régimen de dominación colonial. La estructura de esta nueva sociedad consistía en reducir en primera instancia a los “infieltes” a la vida urbana, civil o en “policía” para poder transformarlos a la vida cristiana, en un proceso que los jesuitas consideraban de humanización, para, al mismo tiempo, dar comienzo a la erección de las estructuras políticas y sociales que semejaran a los modelos de sociedad española de la época imperial, para también así integrarlas al sistema dominante. El modelo de misión jesuita no era sólo para lograr la transformación cultural de los indígenas, sino también para conseguir su incorporación a la estructura del régimen español.

Las experiencias misionales en Sinaloa, de Topia y San Andrés constituyeron en muchos sentidos la fragua de la cual surgió el modelo jesuita de misión que habría de implantarse en todo el noroeste. Durante el siglo XVII el sistema misional se extendió rápidamente hacia los territorios de la sierra, formándose las provincias tepehuana, tarahumara y de Sonora, para finales de la centuria dar inicio en la Baja California; el padre Juan María Salvatierra fue el pionero en la península. A principios del siglo XVIII el desarrollo de las misiones había llegado hasta los lejanos confines de la Pimería, en el actual estado de Arizona, impulsadas por el padre Eusebio Francisco Kino. La obra realizada en las misiones se vio interrumpida por la expulsión de los jesuitas en 1767, terminando con ello toda una era, que significó una gran empresa consagrada a la transformación de los indígenas; la interrupción del modelo social que pretendieron erigir entre las etnias de la región, en algunos casos tuvo un mayor compromiso humanista que en otros. El trabajo misional fue continuado por los miembros de las órdenes franciscana y dominica; del carácter de su obra se conoce aún poco como para distinguir el tipo de pen-

samiento que pusieron en práctica en esta segunda fase de las misiones del noroeste, que se extendió hasta principios del siglo XIX.

De hecho, las misiones constituyeron la forma de sociedad dominante en el noroeste durante la mayor parte de la época colonial. A ellas se debió la construcción de los cimientos de la sociedad que se desarrolló más tarde en la región, fundada en la transformación de las formas culturales de los indígenas sujetos a esos centros de cambio, que eran las reducciones a la vida en “policía”. En efecto, en ausencia de otras formas sociales españolas de dominación, el sistema misional constituyó el modelo social único y privilegiado de la avanzada de conquista por excelencia en el noroeste, debido en gran medida al hecho, a la imposibilidad o al desinterés que tuvieron las autoridades virreinales o de la provincia de Nueva Vizcaya por la región; sobre él recayó la construcción de una nueva sociedad basada en la transformación cultural y social de las etnias del norte novohispano. Ello condujo a formas o mecanismos de integración socio cultural al mundo y cosmogonía occidentales, que marcaron la pauta del desenvolvimiento de las sociedades de la época poscolonial en América y colocaron a las sociedades nativas del continente en el contexto de las sociedades modernas. Las misiones trazaron el puente entre las sociedades nativas y las de corte moderno.

De ahí que el proyecto de la Ruta de las Misiones del Noroeste parta de las manifestaciones históricas de dicho acontecimiento social, al asumir las transformaciones socio culturales como la base de la configuración de la nueva estructura social. Al mismo tiempo como estructuras fundantes de formas sociales, resultantes de procesos históricos transformadores de formas “incivilizadas” a “civilizadas”. Pero ante todo, de las expresiones tangibles e intangibles de la cultura generada por los procesos que condujeron a dichos cambios. En este sentido, se pretende evaluar la contribución de las estructuras sociales indígenas de las misiones, base fundamental de su estructura social, a partir del conocimiento de su composición étnica y cultural, considerando a los sujetos de la misión como actores primordiales de un entramado social que se teje a partir de ellos y no como resultado del proceso. Al mismo tiempo, busca dimensionar la importancia de su legado monumental, artístico, como su herencia cultural precedera.

Ello significa reconocer la contribución histórica de las misiones en la forja de la sociedad y la cultura del noroeste, matriz fundamental de la identidad de una vasta región que ha intercambiado procesos demográficos, étnicos y culturales desde la época prehispánica y que se

intensificaron durante el periodo colonial en virtud de la conquista española. En reconocimiento de los nuevos participantes en la formación de la nueva sociedad, de los nuevos actores como los propios conquistadores, mulatos, mestizos, negros y miembros de otras etnias, se plantea la necesidad de sentar las bases para la reconstrucción de la historia social e identidad del noroeste de México. De ahí que la Ruta de las Misiones sea concebida ante todo como el conducto de identidad que dio la mayor fuerza a la estructura de la sociedad y la cultura en el noroeste. En razón de ello el proyecto se propone reconstruir la historia e identidad del noroeste a partir de dichos procesos históricos. Para tal efecto, se contempla la recuperación de los monumentos históricos, las expresiones tangibles e intangibles generadas durante el proceso de fragua de las estructuras misionales, en tanto proyecto sociocultural, así como sus manifestaciones artísticas para el disfrute y la valoración del patrimonio cultural de la región.

En términos instrumentales significa el registro, la identificación, catalogación de los bienes inmuebles y muebles artísticos, entre otros, asociados a las misiones; pero ante todo, la contribución de las sociedades nativas en la formación de la nueva cultura y sociedad resultante de los procesos de cambio operado a partir del sistema misional. A fin de cuentas, la valoración del patrimonio cultural asociado a dicho legado cultural, que en nuestra opinión da sentido a la identidad de tan vasto territorio, que no se limita a los confines del septentrión sino que comprende por derecho histórico el sur de Estados Unidos, integrado en la misma región cultural. En su etapa de formación, el proyecto ha partido del reconocimiento de esta realidad histórica al iniciar los trabajos de investigación del patrimonio material de la ruta de las misiones de la Baja y la Alta California, al tiempo que en Baja California Sur se ha desplegado una intensa labor en pro del rescate material, social y del entorno natural de las misiones desde mediados de la década de 1990, en tanto que en Sonora se han realizado esfuerzos muy importantes en tareas de rescate y restauración de las misiones de la antigua provincia misionera sonorense y de la Pimería alta, conjuntando esfuerzos con instituciones y colegas del INAH en Arizona.

En tanto realidad histórica, el sistema de misiones influyó en la conformación de una extensa unidad regional que comprende los estados actuales de Sinaloa, Sonora, Baja California y Baja California Sur, en el noroeste de México; Arizona y la Alta California, en Estados Unidos de América; una sola unidad cultural producto de procesos históricos y culturales que le dan sentido de identi-

dad más allá de las fronteras políticas actuales de las dos naciones. A fin de cuentas, éste es el resultado perdurable del proyecto, la recuperación y toma de conciencia de las expresiones de identidad del patrimonio histórico y cultural, que ha sido la base de la forja de una parte de la definición de nuestra nación en la última fase de la modernidad con cara a la integración mundial. El proyecto de la Ruta de las Misiones del Noroeste de México se sitúa pues como un marco de recuperación y valoración del patrimonio histórico y cultural de esa vasta porción territorial que hoy comparten dos naciones.

De acuerdo con las consideraciones anteriores, el INAH se ha propuesto impulsar las tareas de recuperación y valoración del patrimonio cultural asociado a las misiones del noroeste en tanto manifestaciones tangibles e intangibles de la conformación histórica del noroeste mexicano durante la etapa colonial, al tiempo que constituyen la parte más sustantiva de la conformación de su identidad.

Conclusiones

Los proyectos anteriores, en su más amplia dimensión conceptual, temporal y espacial, dejan entrever una nueva noción en las formas de abordar el estudio y la valoración del patrimonio histórico cultural de nuestro país. En primer lugar es importante destacar que a partir de los procesos históricos se construye una región cultural que permite definir un territorio y una unidad con expresiones comunes de identidad, que son las que le dan carácter a una región definida en función de las líneas históricas que han marcado su derrotero. De esta manera es posible considerar dos regiones culturales fundamentales en el norte de México, que son las que a fin de cuentas le dan carácter e identidad: el norte y el noroeste, en tanto bloques históricos primordiales en la configuración del norte mexicano defensivo, fronterizo, de avanzada hispano occidental en el septentrión, agente civilizador de un mundo bárbaro multiétnico y pluricultural objeto de cambio de los proyectos imperiales del régimen español, que dieron origen a un par de unidades culturales que resultaron definitivas en la conformación del espacio septentrional y de la nación mexicana, en la confrontación ulterior con el avance del imperialismo moderno.

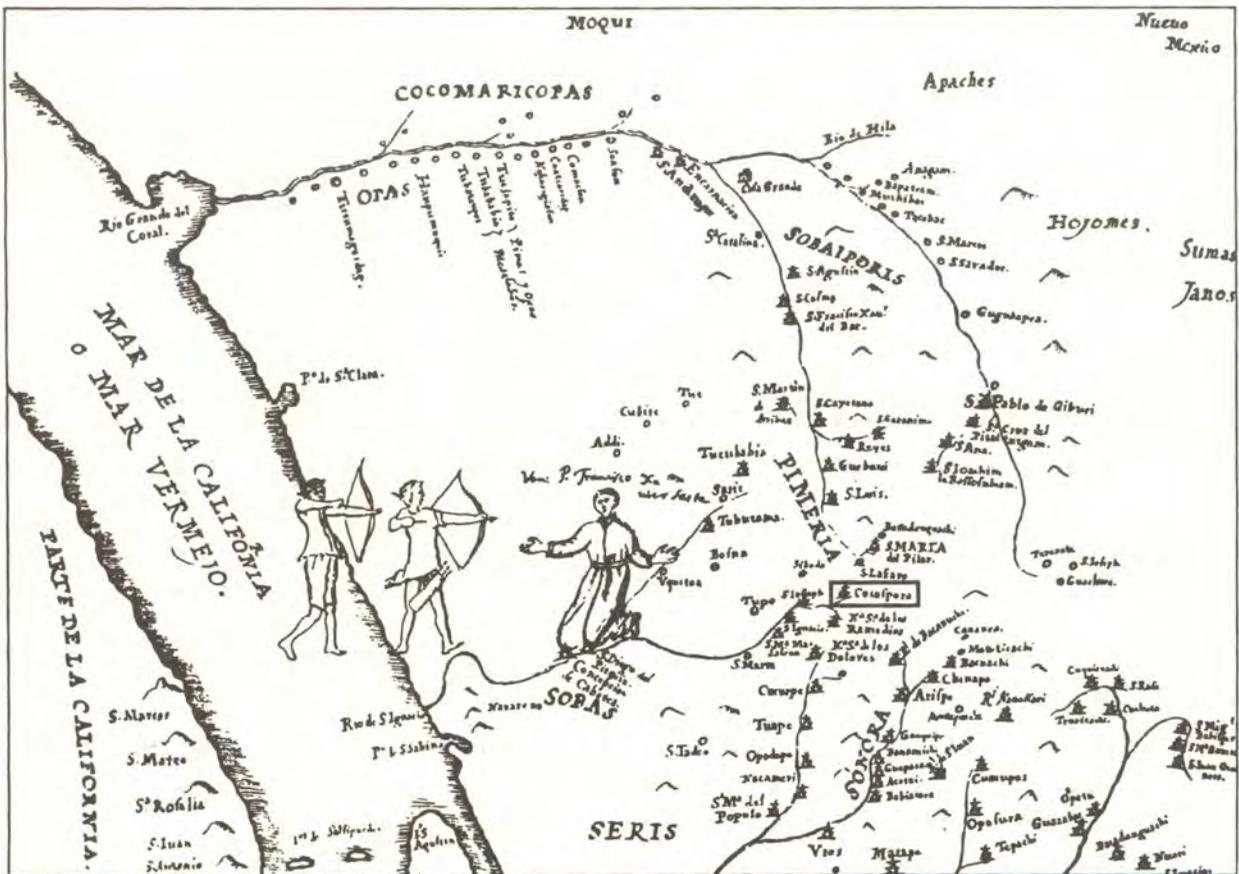
Por otro lado, los proyectos regionales mencionados constituyen un modelo de investigación en donde concurren diversas disciplinas vinculadas con el rescate, la valoración y la divulgación del patrimonio cultural tangible e intangible del norte de México, bajo una pers-

HISTORIA

pectiva que sitúa este legado en el centro de la atención de los procesos históricos primordiales de desarrollo de este gran componente de nuestro país que es el norte. La extensión y la diversidad de su patrimonio obligan a que en el abordaje de investigación concurren diversas disciplinas de investigación, lo que hace un importante ensayo de investigación de la cultura. Al mismo tiempo se trata de un par de proyectos de investigación aplicada, donde los resultados del conocimiento encuentran vinculación estrecha, en este caso, con los herederos o beneficiarios del patrimonio cultural. De igual forma, los proyectos del Camino Real de Tierra Adentro y Ruta de las Misiones del Noroeste de México significan una importantísima concepción innovadora en las maneras de abordar el estudio y la valoración del patrimonio histórico y cultural de la nación, a partir de los procesos históricos en su más amplia dimensión espacial y tempo-

ral, más allá de las nociones tradicionales de la historiografía y el reconocimiento de las culturas en sus estrechos confines estatales.

En suma, los proyectos del Camino Real de Tierra Adentro y la Ruta de las Misiones del Noroeste de México son, en primer lugar, un vínculo esencial en la valoración del patrimonio histórico cultural del norte de México que los sitúa como formas innovadoras en el abordaje de la investigación humanística en nuestro país. Dan pie, al mismo tiempo, para comenzar una nueva visión, una nueva concepción de la historia y la cultura del norte a partir de tramos temporales y espaciales más amplios, en fin, para la génesis de la reconstrucción histórica de los procesos de conformación del norte como entidad fundamental en la construcción y dinámica actuales de nuestra nación en tanto continente de identidades.



Mapa elaborado por el padre Eusebio Francisco Kino hacia 1696, que muestra las misiones principales (cabeceras) y secundarias (visitas), fundadas por los jesuitas en la Pimería Alta (tomado de Thomas H. Naylor y Charles W. Polzer, *The Presidio and Militia on the Northern Frontier of New Spain: A Documentary History*, Tucson, University Arizona Press, 1986)